

MILENARISMO CLIMÁTICO: DE LAS SOCIOLOGÍAS DEL COLAPSO A LA ECOLOGÍA POLÍTICA

Pedro Costa Morata
Universidad Politécnica de Madrid
pcostamorata8@gmail.com

Desde finales de la década de 1980, y en un *crescendo* no exento de manipulaciones (mediáticas y otras) ha ido extendiéndose y consolidándose la perspectiva de un cambio climático planetario de consecuencias imprevisibles, si bien casi generalmente negativas, amenazando los equilibrios ecológicos y la propia existencia de la humanidad. Actualmente puede considerarse como generalizado el interés que suscita esta realidad preocupante, debido sobre todo a la atención prestada por los medios de comunicación. A esto ha contribuido que los datos de los registros climáticos a lo largo y lo ancho de la Tierra ya demuestran una deriva sostenida hacia el incremento de las temperaturas medidas y una distribución desigual y en gran parte caótica de las precipitaciones y otras variables meteorológicas, con el añadido de un aumento rampante de episodios climatológicos desusadamente extremos. Como consecuencia, se ha llegado a la “producción”, también *in crescendo*, de interpretaciones y teorías de cómo serán las consecuencias –si bruscas, si cadentes o encadenadas, si aisladas o interrelacionadas...– de estos cambios tanto en el marco natural (ecosistemas) como en el social (grupos humanos).

Aunque la propia irregularidad consustancial de los fenómenos meteorológicos suscita “pausas de relajación” en la contemplación de estas amenazas, con el análisis de los riesgos por venir, la reflexión pausada sobre todo esto lleva necesariamente a la inquietud, un sentimiento que, según los ámbitos (sociales, territoriales) en los que tenga lugar y las coordenadas (temporales, espaciales, científicas) en las que se enmarquen, puede llevar a un miedo subrepticio, a cierta angustia de futuro o incluso a un pánico más o menos latente; es decir, a un cierto milenarismo.

En cualquier caso, y vista la tendencia a un indiscutible calentamiento global de consecuencias siempre adversas, y teniendo en cuenta la abrumadora insuficiencia de las políticas nacionales e internacionales que se dice están dirigidas a paliarlas, resulta inevitable afrontar un periodo histórico de crisis de civilización que no excluye –sino que debe prever– graves acontecimientos que incidirán, directa o indirectamente en el género humano, incluyendo la propia merma de poblaciones. La literatura que predice y advierte sobre un futuro inquietante por motivos ambientales precede a la preocupación climática y aparece relacionada con lo que aquí llamamos *conciencia ecológica* o *ambiental*, más general y amplia que el *ecologismo* al que aludimos aquí con frecuencia, bien por su aportación histórico-político-ideológica, bien por constituir un movimiento social de crecimiento simultáneo con la crisis ecológica. Aquí se destacará la especial relevancia de este ecologismo, así como la teoría de él emanada, concretamente el *ecopesimismo*, que en relación con los enfoques del colapso propugna centrar

la atención (analítica y política) en la *ecología política*, otro paradigma surgido del ecologismo a lo largo del último medio siglo y que puede resumir la propuesta con la que el autor concluye.

En este texto, no obstante, se analiza el colapso en su marco ambiental más amplio, reconociendo que es la crisis climática la que actúa de motor en las previsiones – invariablemente negativas– sobre las sociedades futuras afectadas gradualmente por esta realidad; previsiones que se configuran en torno al análisis prospectivo, la descripción de lo posible o la teorización sociopolítica.

La metodología empleada recurre al análisis general de algunos de los textos prospectivos más recientes, siempre encuadrado en las coordenadas tradicionales de esa conciencia ecológica aludida, tanto por lo que hace a su textura política crítica como en relación con un pesimismo de diverso grado, afirmado en ese cierto carácter profético del mismo.

Las nubes plomizas del cambio climático

Si, frecuentemente, se suelen asociar las profecías ecologistas sobre daños ambientales y catástrofes en ciernes con la idea, originalmente religiosa, del fin de los tiempos o, cuando menos, con una etapa de bien merecidos castigos divinos hacia todo el género humano, hay que reconocer que hemos llegado al punto en que los panoramas del futuro que perfilan analistas y pensadores no se abstienen de incluir muchos y cada vez más documentados desastres de amplio alcance y de neto contenido destructivo, tanto del medio natural como de las economías productivas y de las propias sociedades humanas, a las que se auguran males sin cuento que incluyen masivas mortandades.

En todos estos augurios se señala a la responsabilidad humana como causa de los dramas que se perfilan, que se atribuyen a su pertinaz imprudencia o al móvil de la codicia. Se trata, pues, de una perspectiva negativa netamente antropogénica, aunque sigue habiendo quien –al referirse al cambio climático en marcha como origen de esos males futuros– niega la mayor y no deja de atribuir las novedades climatológicas a causas naturales, asemejándolas a otras que en la historia geológica de la Tierra ha habido, si bien es verdad que en lapsos de tiempo mucho más dilatados. La intervención humana, muy poco discutible, ha hecho que el momento histórico actual, coincidente con la etapa de uso creciente de combustibles fósiles por la humanidad (que arranca con la Revolución industrial), haya dado en llamarse *antropoceno*, sucesiva al pleistoceno (época de hielos), y al holoceno (tiempo posglacial), una sugerencia debida a los científicos de la atmósfera Paul J. Crutzen y Eugene F. Stoermer¹.

Las alarmas climáticas tienen un origen que ya empieza a ser largo en el tiempo, puesto que ya en las décadas de 1920 y 30 hubo científicos prestigiosos que advirtieron de un calentamiento global a consecuencia de la acumulación creciente de dióxido de carbono (CO₂, o gas carbónico) con origen en la quema creciente de combustibles fósiles, singularmente el carbón. Fueron necesarias, sin embargo, sucesivas llamadas de atención de los científicos para que – ante la insensibilidad de los gobiernos de los países con mayor volumen de emisiones de ese gas, en gran medida influidos por importantes corporaciones multinacionales, en especial de las industrias automovilística y química– las Naciones Unidas adoptaran las primeras iniciativas orientadas a frenar ese proceso, que se iniciaron con la Conferencia de Villach (Austria), celebrada a instancias del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA)

¹ Crutzen y Stoermer, 2000, p. 17-18.

en octubre de 1988, a continuación de un calurosísimo verano que contribuyó al avance de esa sensibilización.

Por supuesto que la resistencia, primero, a reconocer el hecho del calentamiento del planeta debido a la emisión de gases de invernadero y, luego, a aceptar políticas vigorosas que lo limitasen revirtiendo el proceso, se han atribuido a los sectores económicos más poderosos y de mayor influencia en los gobiernos, sobre todo en Occidente. No es exagerado pensar que, cuando se anuncian las cifras más que millonarias de los costes del calentamiento futuro, los sectores productivos más insensibles traducen estas cifras del desastre en volumen de negocio, llevados por una incapacidad estricta, tanto ideológica como incluso metafísica, para asumir el problema con la alarma debida (y no con un alborozo no siempre disimulado).

En los años siguientes se constató fehacientemente que la temperatura media de la tierra aumentaba, quizás, en la relación de 0,1°C por decenio, separándose netamente del valor medio mantenido durante siglos, en torno a 14/15°C. Se fueron haciendo frecuentes las noticias (acompañadas de espectaculares fotografías) del deshielo en los casquetes polares, en Groenlandia y en la mayoría de los glaciares del mundo. Por otra parte, el contenido de gas carbónico, principal determinante del cambio climático, acaba de alcanzar el nivel de las 400 ppm (partes por millón, referidas a este compuesto en el contenido medio de la atmósfera), con un estirón sin precedentes desde 1958 (315 ppm) y sobre una base casi estable antes de la era industrial (280 ppm); y mantiene su ritmo de aumento anual en torno a las 2 ppm. Al mismo tiempo, y como consecuencia de la fusión de las masas heladas, el nivel de los mares ha ido elevándose a razón de unos 3 mm por año desde 1993.

Todas las previsiones, por cierto, se han visto desbordadas en los primeros años de este siglo XXI, con récords de temperatura y olas de calor en 2015, 2016 y 2017, años que ha sido calificados como los más calurosos desde que se tienen registros (final del siglo XIX), con 2016 como el más cálido hasta ahora, con una temperatura media 1,2°C por encima de la de la era preindustrial. Si, como se teme, resulte inevitable alcanzar los 2°C en un par de décadas y los 5°C para finales del siglo XXI, el escenario para los seres humanos será catastrófico, reproduciendo una situación preglacial desconocida.

Los científicos Michael Oppenheimer y Robert M. Boyle dieron en una obra ya clásica, una de las primeras imágenes, o interpretaciones, de cómo serían las manifestaciones del calentamiento prolongado en diversas áreas de Estados Unidos, situándolas en 2050 y describiéndolas como resultado de “huracanes, grandes heladas, tormentas, duras olas de frío, tornados, tempestades y agobiantes olas de calor”². Hubo que esperar a 1997 para que el Protocolo de Kioto³ estableciera objetivos de reducción global de las emisiones de CO₂ y otros gases que, por contribuir al calentamiento de la atmosfera, son llamados “de invernadero”; aprobado en 1997, obligaba a los Estados firmantes a rebajar en 2012 sus emisiones a los niveles existentes en 1992, pero se enfrentó a la incapacidad de la mayor parte de los Estados de reducir sensiblemente esas emisiones, así como a la negativa declarada de las principales potencias emisoras, Estados Unidos y China en particular.

² Oppenheimer y Boyle, 1993, p. 23.

³ Este Protocolo se firmó en 1997 como parte de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que a su vez fue aprobada durante la famosa Cumbre de Río, de junio de 1992, celebrada a iniciativa del PNUMA, creado en 1972.

El nuevo marco internacional en el que se intenta frenar lo que de momento es una imparable marcha hacia el calentamiento, el Acuerdo de París de 2015, que sucede al Protocolo de Kioto, deja a la voluntad de las partes la reducción de las emisiones, visto y comprobado que la comunidad internacional no está dispuesta a someterse a obligaciones imperativas⁴. Ejemplos de esta vaporosa actitud son los casos de Estados Unidos y China, escenificados solemnemente por sus primeros mandatarios: el primero, anunciando que “reducirá un 26/28 % las emisiones para 2025” y el segundo comprometiéndose a “impedir el crecimiento de las emisiones en 2030”. Frente a estas dos potencias, destaca el mucho más concreto compromiso de la UE, de reducir un 80/95 % sus emisiones en 2050 con respecto a las de 1990.

En cualquier caso, la llegada a la Casa Blanca de Donald Trump, un personaje que entre otras peculiaridades atroces reconoce no creer en el cambio climático, empeora ese panorama ya poco halagüeño, puesto que se ha permitido desvincularse del compromiso que el presidente anterior, Barak Obama, adquirió en París. Queda abierto, así, el temido camino hacia el “abismo del grado y medio”⁵, un umbral que dejará sensibles consecuencias en el medio ambiente global. Precisamente, el Acuerdo de París previó que el Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC, en sus siglas en inglés) publicara en 2018 un informe sobre los efectos perceptibles del aumento de 1,5°C en la temperatura del planeta, un texto que se espera con expectación.

Mientras se ponía en evidencia la escasa voluntad de la mayoría de los países de reducir sus emisiones de gases de invernadero resultó mucho más satisfactorio el proceso que condujo a la prohibición de la fabricación y el uso de los compuestos clorofluorocarbonos (CFC), a los que se culpaba de ocasionar la desaparición de la capa de ozono existente en la estratosfera, que filtra los letales rayos ultravioleta. La sacudida que produjo la comprobación de un enorme “agujero de ozono” sobre la Antártida en 1985 llevó a los países industrializados a promover el Protocolo de Montreal⁶ en 1997, que en breve plazo llevó a la desaparición de esos compuestos del comercio mundial (lo que dio lugar a una rápida sustitución industrial de estos compuestos por otros, inocuos frente al ozono).

Estos datos, fehacientemente registrados, repetidos y contrastados, han disparado las especulaciones sobre las consecuencias a esperar en los diversos ámbitos, teniendo en cuenta que un mundo más cálido es un terreno desconocido, no sólo por la propia variabilidad del clima sino, más aún, por la imprevisibilidad de sus consecuencias en lo ecológico, agronómico, sanitario, socioeconómico, cultural, político... Se trata de un periodo en el que tendrán lugar evoluciones imprevisibles y difícilmente evaluables del clima y de sus más importantes meteoros, con la altísima probabilidad de que sean generalmente negativas y extendidas sobre la mayor parte del planeta. La “tríada” climatológica sobre la que se van estructurando estos hechos dramáticos la forman las prolongadas sequías, las inundaciones sin precedentes y los ciclones devastadores.

⁴ Por eso fue ratificado en menos de un año por una mayoría de países, lo que hizo que entrara en vigor años antes de como sucedió con el Protocolo de Kioto, enfrentado a resistencias mucho más fuertes.

⁵ Oppenheimer y Boyle, p. 134.

⁶ Acuerdo multilateral firmado en 1987 en el marco del Convenio de Viena para la Protección de la Capa de Ozono, de 1985.

Sensato profetismo ecologista

La cosmovisión ecologista contiene, como componente esencial, la constatación (con denuncia, crítica, reivindicación...) de un deterioro mantenido del medio natural a lo largo y lo ancho del planeta. Y así se expresa tradicionalmente, llamando la atención sobre el impacto creciente en los ecosistemas de la actividad económica humana, que en su entender no hace más que agudizarse.

Sin conexión con ningún milenarismo, esta perspectiva ecologista se afirma sobre el conocimiento, la prospectiva y la praxis, y desde ella se ha ido destilando un *ecopesimismo* que, caracterizado por Pedro Costa Morata como una “teoría sociológica de la postmodernidad”⁷, toma nota de la abrumadora abundancia de hechos y tendencias negativas, por lo que a la naturaleza y al medio ambiente se refiere, y descarta un futuro de relaciones estables y amistosas entre la naturaleza y las sociedades humanas, salvo en el caso de que se produzcan cambios drásticos políticos y socioeconómicos. En esta trayectoria han sido numerosos los aspectos negativos de la dinámica productiva sobre los que los ecologistas han requerido atención y soluciones, habiendo adquirido el problema del calentamiento global primacía sólo en los últimos veinte años, y sin que esto haya debilitado otros frentes de la acción militante: gestión del agua, protección del litoral, impacto de las infraestructuras, cultivos transgénicos, exploración y explotación de hidrocarburos, etcétera, siendo la crítica nuclear una de sus señas de identidad pero limitada ahora, por la reducción objetiva de los programas nucleares en todo el mundo, a la gestión de los residuos radiactivos.

Arthur Herman, por su parte, finaliza su magnífico trabajo sobre la decadencia occidental, con un capítulo que titula “Ecopesimismo”, en el que enlaza el pensamiento de los más conocidos autores vinculados de alguna manera con el ecologismo, con el pesimismo cultural subyacente en la obra de Nietzsche, Sartre e incluso Rousseau⁸. El ecopesimismo que aquí más nos interesa es el que ha acabado acompañando al ecologismo como movimiento militante, es decir, al que es eminentemente activo y práctico, que por esta misma razón se expresa como... optimista, aunque bien es verdad que esta actitud positiva tiene más que ver con la ética de lucha, personal y grupal, que con la percepción del panorama ambiental, que es claramente negativa.

Por cierto, que en el mundo de las ideas ecológicas y ecologistas siempre se ha mirado con atención, e incluso añoranza, a las culturas desaparecidas por uno u otro motivo, incluyendo las propias (se mantienen cercanas y presentes, en diverso grado, nuestra cultura previa a la etapa de industrialización, despoblación rural y superdesarrollo urbano, así como los restos de una sabiduría ancestral útil y fundamentada, que nuestros mayores todavía pueden transmitirnos). Estas culturas han mostrado ser capaces de mantener relaciones amistosas y más llevaderas con la naturaleza que nuestras “sociedades avanzadas”. De ahí la complicidad –y en casos cada vez más abundantes, la alianza– con las culturas llamadas “tradicionales” a lo largo y lo ancho del mundo, en especial las amerindias. Jerry Mander ha producido uno de los más bellos y rigurosos tratados de los numerosísimos destinados a ensalzar la sabiduría indígena y su importancia también para el mundo actual “avanzado”⁹. Y Costa Morata ha destacado las “coincidencias” tácticas, estratégicas e ideológicas de ecologistas y líderes indigenistas en América Latina¹⁰.

⁷ Costa Morata, 2007b.

⁸ Herman, 1998, p. 426.

⁹ Mander, 1996.

¹⁰ Costa Morata, 2016a, p. 204-206.

Frecuentemente opuestos a las pretensiones de la ciencia y la arrogancia de la tecnología, el ecologismo ha contribuido a poner en valor las teorías de crítica de la ciencia y el conocimiento, optando por las versiones “fuertes” de esta crítica, que vienen a considerar al conocimiento como un producto social, dependiente de las características de la sociedad en la que se elabora y, en consecuencia, en absoluto liberado de las contingencias, presiones e intenciones de los poderes dominantes¹¹. Simultáneamente a la crítica de índole científico-técnica, el ecologismo viene siendo implacable en su denuncia de la economía productivista, sea de definición liberal, sea de pretensiones socialistas. Al sistema económico imperante, abarcando tanto la producción como el consumo, se le señala como el principal obstáculo estructural que imposibilita las escasamente buenas relaciones entre las sociedades humanas y el mundo natural, y de ahí que ya en la década de 1980 se intensificaran los esfuerzos en la definición de un marco teórico y funcional para la vida económica, el de la *economía ecológica*¹², radicalmente distinto al de las formulaciones del llamado *desarrollo sostenible*¹³, que es considerado un mero recurso de perpetuación de la economía productivista mediante la corrección de algunas de sus disfunciones más escandalosas (y por eso se le opone el *ecodesarrollo*, que expresa con claridad la exigencia previa e ineludible de anteponer lo ecológico a cualquier tipo de desarrollo).

Este ecologismo ha reivindicado siempre pautas esencialmente austeras para el desarrollo socioeconómico y para las relaciones sociales en general, recibiendo en su día favorablemente la celeberrima obra de Donella Meadows *et. al.* como un aldabonazo sobre las limitaciones materiales del planeta, que inmediatamente se asoció con la conflictiva idea del “crecimiento cero”¹⁴. Asumiendo estos límites ineludibles, esta cosmovisión, sin embargo, ha eludido prestar demasiada atención a una visión apocalíptica del futuro, incidiendo sobre todo en la necesidad de la acción social y de las políticas radicales de cambio, que estima capaces de evitar un horizonte de catástrofes.

La dura realidad del cambio climático y sus primeras consecuencias tangibles ha reorientado la acción pública ecologista, pero no puede decirse que la absorba en detrimento de otras preocupaciones y actividades, como ya hemos mencionado. Más bien se constata un cierto malestar ante la deriva frivolizadora que –justamente al incidir en los aspectos negativos e incluso aterradores del cambio climático– los medios de comunicación y numerosas instituciones dejan sentir, por mor de la “espectacularización” sistemática que en una sociedad tan mediática y desordenada acaban adquiriendo los asuntos más serios o trascendentes.

El mensaje prístino, consustancial e histórico del ecologismo es de contención y de gestión ineludible de la escasez rampante, con necesidad de volver atrás en numerosos procesos e ideales, lo que incluye medidas de duro choque con la ideología dominante del crecimiento ilimitado y el progreso, como el racionamiento en el uso o consumo de ciertos recursos, bienes o servicios.

De ahí que siempre se haya considerado como acientífica, aparte de banal, esa “ideología feliz del futurismo” que, sobre todo durante la década de 1960 y casi siempre teniendo como objetivo

¹¹ Versión crítica que tiene como referencia, singularmente, a la Unidad de Estudios de la Ciencia de la Universidad de Edimburgo, especialmente activa en los años 1980.

¹² Economía de raíz biofísica, que tiene como primer formulador a Nicholas Georgescu-Roegen y a su obra *The Entropy Law and the Economic Process* (1971).

¹³ Concepto expuesto por primera vez en la obra *Our Common Future* (1987), obra colectiva redactada en el entorno de Naciones Unidas y dirigida por la ex primera ministra noruega Gro Harlem Brundtland.

¹⁴ La obra de referencia, *The Limits to Growth* (1972), generó un verdadero terremoto tanto en el mundo liberal como en el pensamiento marxista, con duras críticas desde ambos lados.

temporal el año 2000, profetizaba sobre un mundo de progreso científico y técnico sin reparar, con un mínimo de rigor y realismo, en las consecuencias negativas de la práctica entusiasta e imprudente de esas mismas ciencias y tecnologías, sobre todo en lo que al medio ambiente se refiere. En uno de los trabajos prospectivos de esa década, varios científicos de esta especialidad resumen sus investigaciones del porvenir abarcando varios aspectos estratégicos: en el análisis de la energía, Ali Bulen Cambel destaca la abundancia futura de los recursos energéticos, tanto como “para que no tengamos que preocuparnos por escasez alguna durante el siglo actual y el siguiente”¹⁵. En esos años se hicieron populares los informes prospectivos del Instituto Hudson de Nueva York, dirigido por Herman Kahn, que fiaban lo más notable del futuro a la aparición de los avances tecnológicos en todos los ámbitos, incluyendo muy especialmente la energía. Pero que adolecía de mínimas consideraciones sobre la degradación ambiental, incluso después de los aldabonazos de *Los límites del crecimiento*, de 1972, o de la dura crisis energética de 1973:

Si las actuales tendencias continúan, el siglo XXI asistirá a una sociedad posindustrial humanista, en que los problemas económicos más desesperantes y aparentemente eternos de la humanidad habrán sido solucionados en gran medida. El mayor sufrimiento derivará de las ansiedades y ambigüedades de la riqueza y del lujo, no de los sufrimientos físicos provocados por la escasez¹⁶.

Este optimismo científico-técnico que, con las crisis sobrevenidas sin pausa desde 1973 parecía agotado o prudentemente silenciado, reaparece ahora, precisamente cuando el pesimismo resulta confirmado por los hechos, de la mano de los “nuevos optimistas”, de matriz neoliberal, a los que más adelante nos referimos.

Sociedades del colapso

Han sido, pues, los procesos contaminantes de medios esenciales para la vida (aire, agua, suelos), el agotamiento de los recursos naturales y la introducción de desequilibrios en los ecosistemas lo que ha constituido la preocupación esencial en la conciencia ecologista, hasta adquirir forma y realidad, a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, el pavoroso proceso del cambio climático, del que se han ido derivando, como anuncios más preocupantes, las inevitables crisis violentas, el autoritarismo político y la mortandad de humanos (aparte de otras muchas especies, en sostenido proceso de aniquilación).

Aludiremos aquí a algunas advertencias, típicas ambas de la perspectiva en la década de 1960, en la que predominaba sobre todo la preocupación por la escasez futura de recursos naturales. La primera de ellas la encabezaba el entonces secretario general de la ONU, el birmano U Thant, con un alegato general, “El hombre contra la naturaleza”¹⁷, muy preocupado y precediendo en un año a la seria advertencia de *Los límites del crecimiento*; seguían al texto de U Thant otros de distintos especialistas, como el de S. Fred Singer, sobre el impacto de la energía en la biosfera, que anunciaba que “los altos niveles de concentración de dióxido de carbono en la atmósfera no durarán mucho tiempo” e incluso se refería a “una tendencia a refrescar”¹⁸; otro contribuyente, Reginald E. Newell, describiendo la contaminación del aire establecía que “la

¹⁵ Bulen Cambel, en Jantisch, Helmer y Kahn, 1970, p. 61.

¹⁶ Kahn, 1974, p. 5.

¹⁷ U Thant, 1976, p. 9-29.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 33-34.

contribución neta de la radiación por el dióxido de carbono lleva a enfriar la atmósfera”¹⁹. En la segunda, debida a Jürgen Voigt, llama la atención que sólo se aluda a la emisión futura de dióxido de carbono como residuo de la combustión en un rincón del capítulo “Es absolutamente seguro un próximo periodo glacial”²⁰, bien explícito.

La segunda corresponde a un grupo de ecologistas adscritos a la revista *The Ecologist*, encabezados por Edward Goldsmith, casi simultáneo con *Los límites del crecimiento*, sobrepasándolo en ambición y perspectiva, y enfatizando su interés en el agotamiento de los recursos y la contaminación ubicua e imparable, destacando la evidente insostenibilidad del planeta y de las sociedades en él asentadas; en este texto se alude literalmente al “colapso” de la sociedad, cifrando éste en cuatro aspectos principales: el avance de la uniformidad cultural, el desempleo en masa como desfase entre capital y mano de obra, el fracaso de servicios sociales vitales como la energía y la sanidad y, finalmente, la eventualidad de conflictos bélicos que podrían ser de tipo nuclear²¹; en un apéndice, “Los sistemas sociales y su destrucción”²², centran su atención en la insostenibilidad, por inestabilidad y falta de autorregulación, de nuestras sociedades (pero sin la menor referencia al problema climático).

En el tercero de nuestros trabajos de referencia, el debatido *Los límites del crecimiento*, no se deja de aludir al problema climático, aunque es verdad que, de forma ligera e indirecta, sin mencionarlo por su nombre y vinculándolo al proceso contaminante general. Se originó en el entorno del *Massachusetts Institute of Technology* (MIT) y fue elaborado por encargo del Club de Roma, grupo de empresarios e intelectuales que alcanzó muy alta notoriedad a partir de la aparición de ese trabajo en marzo de 1972, como un “Primer Informe”, al que seguirían varios más. Su preocupación general se alineaba con la perspectiva del crecimiento, estableciendo que, de mantenerse las tendencias observables en las cinco variables estudiadas –aumento de población, producción de alimentos, auge de la contaminación, proceso de industrialización y agotamiento de recursos naturales–, “este planeta alcanzará los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años”; lo que no podía alarmar en exceso, por más que las acusaciones de maltusianismo resultaran acervas. La clave de estas tendencias era el carácter exponencial de la evolución de cuatro de ellas, relacionando estrechamente la contaminación con la quema de combustibles orgánicos y las emisiones de CO₂ a ellos debidas, que evaluaba en un 0,2 por ciento anual. La esperanza en la reversión de este proceso negativo se expresa de esta curiosa forma:

Si algún día la energía nuclear sustituyera a los combustibles orgánicos en la satisfacción de las necesidades humanas de energía, el aumento del CO₂ atmosférico llegará a detenerse; esperemos que esto suceda antes de que ejerza efectos ecológicos o climatológicos apreciables²³.

Con la esperanza en la energía nuclear los autores pecan de ingenuos, y así vuelven a hacerlo más adelante en un párrafo optimista que destaca que “la Revolución Verde empieza a producir sus beneficios agrícolas en países no industrializados”²⁴. En *Los límites del crecimiento* se alude al colapso y resulta sorprendente que esto haya sido olvidado, quizás por el intenso proceso de desprestigio a que fue sometida la obra; se cita en el modelo informático de “crecimiento y

¹⁹ *Ibidem*, p. 59.

²⁰ Voigt, 1971, p. 97-129.

²¹ Goldsmith et al., 1972, p. 24-25.

²² *Op. cit.*, pp. 117-145.

²³ Meadows et al., p. 95.

²⁴ *Op. cit.*, p. 160.

colapso” que, relacionando entre sí las cinco variables, anuncia que la posible duplicación de la explotación de recursos naturales disponibles llevará al consiguiente aumento de la industrialización a una tasa tal que

satura los mecanismos ambientales de absorción de la contaminación. Esta última se eleva con gran rapidez y provoca un aumento inmediato de la tasa de mortalidad y la disminución de la producción de alimentos²⁵.

Las previsiones de este informe quedaron cortas en el tiempo, y por eso sus autores, al actualizarlo veinte años más tarde, constataron que “muchos flujos de recursos y de contaminación habían traspasado los límites sostenibles”²⁶.

Sociologías ambientales timoratas

Desde el campo sociológico académico no han abundado –como sí podría esperarse– los trabajos sobre el problema ecológico en general y climático en particular, quizás porque ambos campos exigen una cierta familiaridad con las ciencias físicas o naturales. El trabajo de Ulrich Beck sobre *La sociedad del riesgo* es, exactamente eso: una descripción de la sociedad actual, crecientemente científico-tecnológica, que se caracteriza por la incesante creación –con extensión e intensificación– de riesgos. Afectado por la tragedia nuclear de Chernobyl y basado en su propia percepción (ciertamente correcta), el sociólogo alemán encuentra que, contra lo que viene siendo nota desigual universal –el sufrimiento agravado de los pobres, víctimas de todas las plagas y desventajas, frente al resguardo que los ricos suelen encontrar debido a su estatus socioeconómico e incluso geográfico– los riesgos de la modernización

afectan más tarde o más temprano también a quienes los producen o se benefician de ellos. Contienen un efecto *boomerang* que hace saltar por los aires el esquema de clases. Tampoco los ricos y poderosos están seguros ante ellos²⁷.

Lo que viene a interpretarse como una cierta democratización del riesgo, especialmente verdadera frente al problema nuclear, químico tóxico y, por supuesto, el climático, claramente ubicuos. Beck, sin embargo, no presta ninguna atención al riesgo climático, más allá de aludir frecuentemente a la contaminación atmosférica de modo genérico y pese a ser muy duro al enjuiciar el proceso de modernización, no duda en establecer que “la ganancia del poder del ‘progreso’ técnico-económico se ve eclipsada cada vez más por la producción de riesgos”²⁸.

De entre la producción española clasificable como sociológica, destacaremos dos trabajos de interés por su enfoque –que diríamos “canónico”– ecologista y por no eludir la vertiente físico-natural del problema ambiental, más allá del filosófico, ideológico o socioecológico (que suele priorizar, éste, el análisis del ecologismo como movimiento social). Sus autores, Joaquim Sempere y Jorge Riechmann, están plenamente integrados en el ecologismo sociopolítico, produciendo frecuentes y bien documentados tratados sobre muy diversos asuntos en este marco; los autores dedican un capítulo al cambio climático, que analizan desde diversos ángulos de forma vigorosa y alarmada, y que resumen advirtiéndolo, con la natural desolación, que “la situación es grave, pero de momento no hay (casi) respuesta”²⁹. Otro texto de mérito, verdadero

²⁵ *Ibidem*, p. 159.

²⁶ Meadows, Meadows y Randers, 1992, p. 22.

²⁷ Beck, 1998, p. 29.

²⁸ Beck, p. 19.

²⁹ Sempere y Riechmann, 2004, p. 277.

manual de sociología ambiental e inspiración ecologista, es el de Ernest García, que se interesa mucho más por el análisis de los límites de la sostenibilidad/sustentabilidad, así como por el concepto práctico de la *huella ecológica*, que por los perfiles del desastre que viene³⁰.

Hay que destacar, digámoslo de paso, la resistencia con que el mundo académico viene recibiendo las aportaciones de los pensadores ecologistas más conspicuos –Illich, Schumacher, Dumont, Bookchin, Gorz/Bosquet, Commoner, Goldsmith...– quizás porque es precisamente su visión crítica global y poco clasificable lo que desconcierta a una comunidad científico-académica demasiado encorsetada en el método y el conocimiento establecidos. La integración de esos autores, entre otros, en la historia de las ideas sigue siendo una tarea pendiente y sin asumir decididamente, por lo que resulta del mayor interés, dentro de la bibliografía española, y debido al desaparecido Juan Ignacio Sáenz-Díez, la inclusión en un magnífico manual de “la cosmovisión ecológica”, junto a la filosofía de Marcuse y los movimientos de mayo del 68³¹.

En cualquier caso y por lo que respecta al análisis del colapso, puede decirse que no es del gusto del teórico ecologista el hacer prospectiva del desastre, como ya hemos subrayado al aludir al *ecopesimismo*, y contra a lo que podría esperarse. Quizás esto se deba a la resistencia a tomar en cuenta el cambio climático dramático como único vector, y ni siquiera el más agudo, de un futuro poco halagüeño.

El colapso, en la concepción liberal de Diamond

Efectivamente, los textos que aquí se comentan pertenecen a profesionales de disciplinas colaterales con la ciencia ecológica o la cosmovisión ecologista, y aunque el objeto central de estudio sea el colapso de base climática, ninguno de ellos puede eludir totalmente, en sus teorías o especulaciones, que lo ecológico-ambiental global es el problema al que deberemos enfrentarnos, no sólo el termo-climático. Así lo considera Jared Diamond, que podemos caracterizar como biogeógrafo, aunque de cultura y experiencia muy amplias, en su obra más conocida, definiendo el *colapso* como un “drástico descenso del tamaño de la población humana y/o de la complejidad política, económica o social a lo largo y lo ancho de un territorio considerable y durante un periodo de tiempo prolongado”³². En definitiva, se trata de una traslación desde lo físico (cambio climático mantenido y adverso) hacia lo institucional (social/cultural).

Diamond estudia varios episodios históricos de debilitación social, resumidos en ocho categorías generales e históricas, por supuesto relacionadas con la imprudente gestión humana –deforestación y destrucción de hábitats, degradación del suelo (por erosión, salinidad, infertilidad...), mala gestión del agua, abuso de la caza, pesca excesiva, introducción de nuevas especies, crecimiento demográfico incontrolado e impacto per cápita de la actividad económica– a las que añade otras cuatro causas de erosión social muy directamente relacionadas con problemas ambientales recientes: el cambio climático antropogénico, la concentración de productos químicos tóxicos en el ambiente, la escasez de fuentes de energía y el agotamiento fotosintético, también antropogénico, de la tierra.

El estudio de las sociedades colapsadas, generalmente por la suma, sucesiva o simultánea, de dos o más factores de los citados, las divide Diamond en dos grupos, según pertenezcan al

³⁰ García, 2004, p. 175-176.

³¹ Sáenz-Díez, Martínez Roda y García Fraile, 1994, pp. 272-276.

³² Diamond, 2013, p. 23.

pasado o sean contemporáneas. Al primer grupo pertenecen la isla de Pascua, las islas Pitcairn y Henderson, el pueblo anasazi del suroeste de Estados Unidos, los mayas y los vikingos en su expansión por el océano al noroeste de Europa, especialmente sus vicisitudes en la costa de Groenlandia; que contraponen a casos exitosos que lo son generalmente por causas contrarias (en positivo, claro) a las actantes en los casos anteriores: las sociedades de las tierras altas de Nueva Guinea, la isla de Tikopia en el sureste del Océano Pacífico y el Japón de los Tokugawa. Los casos actuales de sociedades colapsadas son Ruanda (por el genocidio vivido), Haití (que contraponen a la República Dominicana, contigua y hermana), China desarrollista y Australia frágil.

En pocas de las sociedades fracasadas que estudia Diamond, antiguas o actuales, la variable climatológica es esencial, predominando el uso imprudente de los recursos, sobre todo la cubierta forestal y el suelo productivo. El fracaso de la colonización noruega de la Groenlandia costera, tras 450 años de supervivencia, sí incluyó parcial y temporalmente el factor climático, generalmente en la forma de variaciones anuales en las condiciones de la atmósfera y del mar árticos, que imponían alteraciones en las migraciones de animales, terrestres o marinos, esenciales para la dieta de estos pobladores. Aun así, en el colapso final tuvo más importancia la pugna de estos pobladores europeos con los indígenas inuit, que sí supieron adaptarse y permanecer,

Más conocido resulta el colapso de la cultura maya (que no sus causas exactas), con sus espectaculares ciudades repartidas por buena parte de Mesoamérica. Queda fuera de toda duda que los repetidos periodos de sequía pudieron ser determinantes –junto con las continuas guerras entre ciudades y reinos vecinos, así como la sobreexplotación de suelos poco favorables– en los diversos colapsos que han podido registrarse desde el siglo V a.C. hasta el VIII d.C.; de tal manera que a la llegada de los españoles, aunque existían poblaciones mayas residuales, la mayoría de los yacimientos arqueológicos que tanto impresionan hoy día, hacía ya siglos que habían sido invadidos y tragados por la selva.

En los casos actuales en que Diamond se detiene –Ruanda, Haití, China, Australia–, llama la atención el leve enfoque crítico aplicado a la intervención de las fuerzas económicas dominantes, mostrándose muy condescendiente con ellas. Las tropelías de este sistema, por ejemplo, cuando de las explotaciones forestales o mineras se trata, nuestro autor suele calificarlas, bien de errores involuntarios, bien de imprudencias subsanables, para lo que contraponen siempre otros casos, existentes y semejantes, de explotación ambientalmente correcta que redundan, a modo de merecido premio, en más positivos resultados económicos o sociales. Con ello elude el análisis profundo del impulso depredador del sistema dominante, tan insensible como obsesivo en la explotación de los recursos naturales (así como con las personas).

Taibo y Santiago Muíño: la visión libertaria

La literatura española sobre el colapso que viene y sus circunstancias tiene algunos tratadistas de interés. Uno de ellos es el politólogo Carlos Taibo, que no se ciñe sólo al problema climático ni a la identificación del colapso con el proceso físico-climatológico, sino que considera once rasgos que, nunca aislados, pueden relacionarse con algún tipo de colapso; y que, aunque privilegian al cambio climático y el agotamiento de materias primas, incluyen la energía y la tecnología, la crisis y la centralización políticas, las violencias, las crisis financieras, el proceso urbanizador... un planteamiento que imita de lejos al de *Los límites del crecimiento*, con nuevos

factores y un tratamiento más globalizador. El autor no ignora –contra los demás autores que aquí contemplamos– el indicador de la *huella ecológica*, medida en hectáreas productivas necesarias por habitante y año, y nos recuerda que, si el planeta nos proporciona 1,8 hectáreas por habitante, en realidad ya consumimos 2,2, que es una situación de alarmante sobreexplotación de los recursos.

Llama la atención sobre todo en este trabajo la descripción de los escenarios del poscolapso, que el autor pone en relación con los movimientos de la transición social y que adolece de grandes dosis de ingenuidad y de escaso análisis propiamente político, perfilando un tiempo casi idílico que no puede desprenderse del deseo, ya que carece de fundamentación global (hay que reconocer que son muy pocos quienes evalúan el futuro, con o sin colapso, de la forma que perfilan esos escenarios). Así, se reducirá el uso de la energía ganando la de tipo renovable, se aprovecharán mejor las materias primas, habrá recuperación de tecnologías olvidadas, marginando las que reducen el empleo, una priorización de la bicicleta frente al automóvil, más autogestión y democracia directa, que redundará en menos temor a la pobreza, así como una progresiva decadencia del dinero, desindustrialización, desurbanización con rerruralización, recuperación de útiles y culturas tradicionales... Algo así como una Arcadia feliz tras el castigo del colapso.

El macabro asunto del *ecofascismo*, a temer en un futuro traumatizado por los problemas ambientales y otros, con el previsible incremento del autoritarismo y la falta generalizada de libertades, aparece aquí vinculado con la drástica caída de la población mundial, lo que podría resultar de medidas políticas duras; Taibo reproduce evaluaciones ya hechas en torno a 1.000/1.200 millones de habitantes como posible contingente producto de esas medidas, y también alude a una estimación del exclusivo y algo tenebroso Club Bilderberg, que cifra en 600 millones la población ideal superviviente del planeta. Desde luego, no se explica suficientemente la sugerente afirmación de que “hay algunas razones de peso que invitan a concluir que el colapso puede beneficiar indirectamente a los débiles, o al menos puede ser, para ellos, menos perjudicial que para los poderosos”³³, una perspectiva que no responde a análisis sociopolítico alguno. En las conclusiones, y con referencia a las propuestas alternativas (que más bien se describen como escenarios del poscolapso edulcorados por los buenos deseos), se subraya “el peso ingente que en ellas tiene, de manera cristalina u oculta, lo que voy a llamar la *tradición libertaria*”³⁴, una tradición que es verdad que se inscribe en la historia del ecologismo, al menos el español (como en su día ya explicara el sociólogo Josep Vicens Marqués³⁵, generando la natural polémica por su oposición a la versión marxista de otra parte de ese movimiento).

El antropólogo Emilio Santiago Muiño atiende sobre todo al colapso socioecológico que, como también opina Taibo, se inició en la década de 1980 al entrar plenamente nuestras sociedades en la extralimitación ecológica (análisis anteriores, sin embargo, basados en el cálculo extrapolado de la *huella ecológica*, estiman que esto pudo suceder dos décadas antes); y considera que “el destino final, salvo un giro radical, se parecerá más a una caída en la barbarie que al fin de la prehistoria de la humanidad que nos sugería Marx”³⁶. Como numerosos intelectuales trastornados por la reciente crisis, se muestra convencido de la “crisis del capitalismo como patrón civilizatorio” y de que las numerosas presiones económicas y

³³ Taibo, 2016, p. 189.

³⁴ *Op. cit.*, p. 215.

³⁵ Marqués, 1978.

³⁶ Santiago Muiño, 2016, p. 10.

financieras que vienen trastocando la realidad internacional constituyen “un cóctel explosivo que nos anuncia, para el siglo XXI, el final del capitalismo”³⁷.

Pese a la ingenuidad que se desprende de estas estimaciones (si hemos de contrastarlas con la fuerza con que el capitalismo viene emergiendo de la crisis), su análisis es minucioso y, también a la manera de Taibo, fundamentado en múltiples citas bibliográficas que parecen venir a evitarle planteamientos o pronunciamientos personales, producto de su propia reflexión. Las alternativas, sin embargo, que ofrece para abrir brechas las resume organizándolas en tres amplios ámbitos de propuestas: la reconversión del metabolismo energético-material, la transformación del sistema socioeconómico y político jurídico y, finalmente, al cambio del paradigma cultural³⁸. Un extenso listado de iniciativas en favor de “avanzar colectivamente hacia un marco de relaciones humanidad-biosfera superador del utilitarismo antropocéntrico”... capaz de “democratizar la democracia”... “algo así como un reencantamiento del mundo”³⁹. Un despliegue de propuestas de cuño neta e históricamente ecologistas.

Se trata de una transformación del sistema, de inspiración y praxis libertarias, a partir de “la simbiosis entre la toma del poder y la autogestión comunitaria”⁴⁰, en “un proceso constituyente ecosocialista”⁴¹. Toda una tarea de ecología política en la que no falta la crítica del mecanicismo de la economía neoclásica, que prolonga el actual neoliberalismo, dentro también de los moldes de la *economía ecológica* (otra de las creaciones del ecologismo teórico, cuya primera referencia es Georgescu-Roegen, ya citado, y con tratadistas españoles del fuste de José Manuel Naredo y Joan Martínez Alier, entre otros).

El panorama deseado por Santiago Muíño, que debiera configurarse como consecuencia de las premisas enhebradas en su amplia crítica política y socioeconómica es

operar a la sombra de un proceso de vuelco político suficientemente radical... y que, a diferencia de un programa poscapitalista, pueda ganarse el apoyo rápido de amplios sectores de población... Más que una organización necesitamos un *partido social*... que carece de una definición ideológica o de un programa táctico...⁴².

Acaba nuestro autor con el bello lema de “la reivindicación surrealista de la poesía”... entendiendo por poesía toda acción que tienda a dignificar y elevar la vida del ser humano... y apelando a continuación a “la lujosa pobreza y la reforma moral”⁴³.

Prats, Herrero y Torrego, en la encrucijada

El trío interdisciplinar formado por el arquitecto Fernando Prats, la ecologista Yayo Herrero y la física Alicia Torrego dirigen un espléndido trabajo, *La Gran Encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*, con muy diversas y documentadas aportaciones de carácter eminentemente descriptivo, sin ahorrarse las advertencias del caso, pero con netas alusiones sociopolíticas:

³⁷ *Op. cit.*, p. 9-10.

³⁸ *Ibidem*, p. 107-126.

³⁹ *Ibidem*, p. 111-123.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 105.

⁴¹ *Ibidem*, p. 123.

⁴² *Ibidem*, p. 124-125.

⁴³ *Ibidem*, p. 133-135.

Pretender resolver la sustitución de los combustibles fósiles por otros renovables o nucleares, manteniendo las mismas lógicas socioeconómicas... no sólo podría resultar técnicamente discutible, sino que seguramente abocaría a otras crisis globales en periodos de tiempo relativamente cortos⁴⁴.

Advertencia muy oportuna, en la estela crítica de Costa Morata –“Todos contra el cambio (climático), pero sin el cambio (socioeconómico)”⁴⁵, que sale al paso de la “moda” del miedo al cambio climático y trasciende el amplio espectro de soluciones o alternativas energéticas con que se quiere conjurar esta amenaza que, como es obvio, sólo puede neutralizarse con cambios profundos, socioeconómicos y en consecuencia políticos, como estructura básica y necesaria de una sociedad bien distinta. No hay alusiones directas, en el trabajo que comentamos, a una sociedad de colapso ni a las formas que adquiriría, aunque sí se extiende en la descripción minuciosa de la evolución dramática en la que discurren nuestras sociedades, ofreciendo todo un despliegue de medidas y alternativas de índole económica, territorial, social, política...con la esperanza de evitar el desastre.

El pesimismo antropológico de Wright y Jouventin

El arqueólogo e historiador británico-canadiense Ronald Wright recurre, como Diamond, al análisis previo de unas cuantas sociedades fracasadas del pasado: Pascua, Sumer, civilización maya e Imperio Romano. De la primera destaca que “los hombres que derribaron el último árbol pudieron *ver que era el último* y pudieron saber, con absoluta certeza, que no habría más”⁴⁶. Acerca de la caída de Sumer destaca la importancia que tuvo la salinización progresiva del suelo productivo debido al exceso en los regadíos por la demanda creciente de alimentos, que la llevó a la ruina socioeconómica y política: “Hacia el 2000 a.C. los escribas dejaron constancia de que ‘la tierra se había vuelto blanca’. Todos los cultivos fracasaron”⁴⁷.

La ley de los rendimientos decrecientes, con el agotamiento del suelo productivo, la aplica Wright tanto a los mayas (que también se vieron afectados por guerras interminables) como a los romanos del siglo V (que tampoco pudieron hacer frente a la descomposición de un imperio tan inmenso como incontrolable). El sentido general de esta obra está muy claro y es que “nuestro comportamiento actual es el típico de las sociedades fracasadas en el momento culminante de su codicia e arrogancia”⁴⁸. Wright ni siquiera confía en que explotemos nuestra gran ventaja, que es, exactamente, que disponemos de la información suficiente sobre cómo pasó todo esto. Su antropología es ciertamente pesimista, en gran medida porque persistimos en aferrarnos a la ideología del progreso, que considera nefasta. “El *Homo sapiens*, afirma, dispone de información para saber lo que él mismo es: un cazador de la era glacial, evolucionado a medias hacia la inteligencia, astuto pero raramente sabio”⁴⁹.

El mismo pesimismo antropológico de Wright, aunque más profundamente documentado, es el que ilustra el trabajo de Pierre Jouventin, que a sí mismo se define como etólogo, ecólogo y ecologista militante, y que centra sus esfuerzos, en la obra de referencia, en demostrar que la evolución humana ha constituido un verdadero fracaso, y por eso no espera que pueda evitarse el colapso. Este autor muestra su repulsa hacia todos los intentos de extraer al hombre de la

⁴⁴ Prats, Herrero y Torrego, 2016, p. 69.

⁴⁵ Costa Morata, 2007a.

⁴⁶ Wright, 2006, p. 76.

⁴⁷ *Op. cit.*, p. 95.

⁴⁸ Wright, p. 146.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 148.

naturaleza, que considera estúpidos y fatales, e insiste en demostrar la animalidad de los humanos, no sólo por su obvia pertenencia a la rama de los primates y simios evolucionados sino –originalidad que demuestra tras una vida de intensas experiencias en etología animal– por haberse asemejado más al lobo que al chimpancé (simio más próximo genéticamente), debido a la opción de vida como cazador carnívoro en los largos años anteriores al Neolítico.

De este empeño exitoso en excluir al hombre de su naturaleza animal responsabiliza en primer lugar a Descartes, que “secularizó el cristianismo, abriendo la puerta a la tecnociencia con el lema de ‘convertirnos en dueños y señores de la naturaleza’”⁵⁰. Una actitud asumida más firmemente aún por la Ilustración, cuya ideología del progreso, típico producto de esa época, critica duramente. Su interés en la percepción del problema ambiental “no es describir el posible momento del hundimiento de la civilización industrial sino su porqué, no las causas evidentes y externas sino las que están ocultas y son internas”⁵¹. Jouventin declara que su propósito no es cambiar el mundo sino, ante todo, comprenderlo, porque “nuestra aventura, cada vez mejor conocida en sus detalles, sin embargo permanece incomprensible en su globalidad”⁵².

Pese a que esta obra es descarnada y desacomplejada, reclamando que se tenga muy en cuenta la catástrofe que supuso la entrada en el Neolítico, con la sedentarización y el abandono de la práctica del cazador-recolector, que lo convirtió en un “superdepredador planetario”, el autor no deja de subrayar que la solución no ha dejado de estar en nuestras manos: “Sería suficiente regular nuestras poblaciones, evitar el saqueo de la naturaleza y favorecer las energías renovables”⁵³. Pero el cambio climático, más la natalidad galopante y la contaminación creciente no puede sino llevar a más y peores catástrofes aparentemente “naturales”. Hace unos 10.000 años se traspasó un umbral fatal, que consistió en “multiplicar los recursos naturales por la agricultura y el pastoreo, lo que permitió incrementar la población humana... y, con la sedentarización, trabajar más”⁵⁴.

No se abstiene Jouventin de atacar a la irresponsabilidad de la mayoría de religiones y filosofías, que insisten en la racionalidad y la espiritualidad de los humanos queriendo ignorar su animalidad de fondo y de costumbres. No cabe duda de que las preguntas, sobre las que se estructura este libro son de muy gran calado –¿Es superior el hombre al animal? ¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿Es superior el animal al hombre? ¿Hacia dónde vamos?–, así como las respuestas, expresadas de la forma más desalentadora. Quizás pueda resumirse su tesis, que podríamos llamar de la “animalidad decadente” del hombre, en estas palabras:

Los animales y los pueblos cazadores-recolectores, ¿son funcionales a largo plazo mientras que el hombre moderno carece de futuro? El animal, seleccionado por la naturaleza para vivir el mayor tiempo posible en su nicho ecológico, ¿es superior al hombre, que sería un ser efímero?⁵⁵

Podríamos decir que el trabajo de Jouventin multiplica (y endurece) los contenidos del análisis que en su día hiciera Desmond Morris sobre el “mono desnudo”, y que tanta polvareda levantó

⁵⁰ Jouventin, 2016, p. 18.

⁵¹ *Op. cit.*, p. 19.

⁵² *Ibidem*, p. 21.

⁵³ *Ibidem*, p. 201.

⁵⁴ *Ibidem*, 161.

⁵⁵ *Ibidem*, 158.

al desafiar un tiempo especialmente arrogante: “Seguimos siendo, a pesar de nuestros grandes adelantos tecnológicos, un simple fenómeno biológico”⁵⁶.

Jouvenin ataca repetidamente a Descartes, pero también a Voltaire, sobre todo por su alineamiento con la idea de progreso. La escenificación de la polémica –más bien, la oposición global y absoluta– entre Voltaire, con su fe en el progreso, y Rousseau con su descreimiento, en la que opta sin dudar por el segundo, le lleva a nombrar en dos campos enfrentados a los amigos o apoyos histórico-ideológicos de ambos filósofos, que en su mayor parte también se expresaron por o contra el progreso. A favor y con Voltaire figuran los enciclopedistas, Diderot a la cabeza, más Nietzsche, Maurras, Russell... y del lado contrario Robespierre, Babeuf, Kant, Lévy-Strauss...

Críticas adicionales a la idea de progreso

Jouvenin se indigna (de forma semejante a como hace Wright) porque estima que “lo más dramático, quizás, del hecho de que la civilización occidental se haya edificado sobre la idea de progreso es que ésta no sólo lo ha considerado científico y tecnológico, sino moral”. Una pretensión que Rousseau no dudó en rechazar: “Se han corrompido nuestras almas a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección”⁵⁷. Costa Morata, sin dejar de reconocer los adelantos evidentes en materia económica, científica y técnica habidos a lo largo de la historia, y pese al doble filo que con frecuencia presentan estas adquisiciones, insiste en aclarar estos aspectos recordando que esta discusión

ha incluido una diferenciación básica y aclaratoria entre lo sustantivo y lo adjetivo, lo esencial y lo accidental... y por lo que se refiere al progreso se ha hecho distinguir entre progreso científico-tecnológico (que mejor habría que calificar de *avance*) y progreso humano-social, sin duda el auténtico”⁵⁸.

Pero la crítica de esta idea es consistente e insistente desde antes de que fuera expresamente elaborada por el marqués de Condorcet⁵⁹, como así hizo Jean-Jacques Rousseau, adelantándose en medio siglo a esa elaboración, y que fue tomando cuerpo a lo largo del siglo XIX, violento e imperialista, hasta llegar al catastrófico siglo XX, en el que a las mortandades sin precedente se acabó añadiendo un proceso múltiple y sostenido de destrucción del medio natural. La Primera Guerra Mundial fue inspiración suficiente para que el filósofo británico John Bury elaborara (1920) uno de los tratados más brillantes y útiles sobre esta idea, desposeyéndola de contenido real:

Son ideas referentes a los misterios de la vida, tales como el Destino, la Providencia o la inmortalidad personal. Estas ideas pueden actuar de modo importante sobre las formas de actuación social, pero encierran una cuestión de hecho y son aprobadas o rechazadas, no por su utilidad o su perjudicialidad, sino porque se las supone verdaderas o falsas. La idea del progreso de la Humanidad pertenece a esta segunda clase⁶⁰.

Y añade esta reflexión premonitoria: “Si hubiese razón para pensar que la tierra se convertirá en inhabitable hacia el año 2000 o 2100, la doctrina del progreso perdería su significación y

⁵⁶ Morris, 1969, p. 208.

⁵⁷ Rousseau, 1987, p. 53.

⁵⁸ Costa Morata, 2016b, p. 128.

⁵⁹ Condorcet, 2004.

⁶⁰ Bury, 1972, p. 13-14.

desaparecería automáticamente”⁶¹. Y, efectivamente, la degradación ambiental generalizada y, de hecho, incontenible no admite concesiones en cuanto a la aceptación del progreso, que sigue vigente en entornos políticos, científico-técnicos y mediáticos. Costa Morata cree que la crisis ambiental supone un jaque mate (o “enmienda a la totalidad”) a la supervivencia de esta idea, poniendo en relación directa el proceso sostenido de pérdidas ambientales con la imposibilidad de todo –auténtico– progreso:

Ante este panorama, la realidad nos confirma que la mayor parte de los procesos de degradación son irreversibles o de muy lenta neutralización, y sólo podemos actuar –darse la voluntad necesaria– frenándolos o suavizando sus consecuencias: las sociedades desarrolladas no pueden mejorar la naturaleza, sólo degradarla⁶².

Aunque de pasada, y ya que en algunos de los textos analizados se alude a las posibilidades de las nuevas tecnologías para mejorar la situación ambiental global e impedir el colapso, conviene, como mínimo, poner de relieve la extraordinaria fragilidad y vulnerabilidad que éstas introducen en nuestras sociedades. Costa Morata rechaza que la tecnologización a que asistimos vaya a mejorar sustancialmente el destino del *Homo sapiens* y, tras recordar las falacias del determinismo, en este caso tecnológico⁶³, describe diez mitos que desposeen a la llamada *sociedad de la información* de toda capacidad para introducir cambios decisivos⁶⁴.

Y como nota de actualidad, surgida de la factoría ideológica neoliberal, asistimos a un nuevo impulso de la idea de progreso, a cargo esta vez de los a sí mismo llamados “nuevos optimistas”, surgidos sin duda con la intención de, más que de conjurar el colapso en ciernes, salir al paso de la descalificación que esta perspectiva implica sobre el modelo económico dominante. Ejemplos de esta reacción –que apela a la Ilustración y Voltaire para respaldar sus esfuerzos– son el psicólogo canadiense Steven Pinker, catedrático en Harvard, y el ensayista sueco Johan Norberg, que abundan ambos en afirmaciones provocativas (o, al menos, imposibles de confirmar) del tipo de “el mundo vive el momento menos violento”, o en estimaciones entusiastas sobre la evolución de la vida, la salud, la alimentación, la paz, la solidaridad, la libertad, la igualdad de derechos, el conocimiento, la inteligencia, la felicidad, el disfrute de la familia... que remiten a datos e indicadores ambiguos o simplemente cuantitativos. Y que Pinker resume así: “Todo eso se ha incrementado a lo largo de los años. Eso es progreso”⁶⁵. Tampoco Norberg disimula la inspiración en la que se inscribe: “Me inquieta que la gente diga que las desigualdades son la gran amenaza. El problema es la pobreza, no la riqueza... Por eso pienso que la apertura y la globalización son lo más importante para el progreso”⁶⁶.

Se trata, como puede verse, de un rebrote del viejo ideario liberal –ese que los tiempos desacreditan y condenan, también, por causas ambientales–, que se expresa con una arrogancia que no puede ocultar, al tiempo, una actitud defensiva, contradictoria y vulnerable: el repunte panglossiano del “mejor de los mundos posibles” que, en consecuencia, puede establecerse como... antivoltairiano.

⁶¹ *Op. cit.*, p. 17.

⁶² Costa Morata, 2005, p. 238-239.

⁶³ Costa Morata, 2016b, p. 134-135.

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 188-198.

⁶⁵ Altares, 2018, p. 2.

⁶⁶ *Op. cit.*, p. 3.

Tiempo para la ecología política

Es verdad que la revisión de diversas versiones –descriptivas y prospectivas– del colapso ambiental nos lleva a concluir que es aciaga la perspectiva y escasas las salidas del atolladero, debido principalmente al alto grado de irreversibilidad al que los problemas del mundo natural han llegado por causas humanas; y también lo es que, desde lo biológico y lo antropológico, parecen ser muy pocos los resquicios por los que una reacción oportuna y contundente pueda introducir cambios sensibles en este panorama, quedando escaso margen para el optimismo. Jouventin alude varias veces a que “ya no se trata de salvar al planeta, que no nos necesita y acabará por salir adelante, sino de que el hombre está aserrando la rama que lo soporta”⁶⁷.

Aun así, ninguno de nuestros autores propone la inacción fatalista o el “sálvese quien pueda”, lo que sería en todo caso irresponsable e inmoral, sino la acción apremiante y contundente, con el objetivo de corregir cuanto se pueda del camino errado que, un tanto inexplicablemente, ya ha andado el inprudente *Homo sapiens*, convertido en “Homo technologicus” para su mayor desgracia.

Desde luego, y en principio, parece haber general acuerdo en que es el sistema económico imperante el que saquea los recursos y empobrece la tierra, aunque persiste en ello pese a todas las evidencias en que es pernicioso. De ahí que surgiera la economía ecológica, como ya hemos señalado, que en definitiva plantea la sujeción de la actividad económica a las leyes de la naturaleza, incluyendo las de la física (que imponen ese obstáculo insalvable de la *entropía*). Y que parezca poco realista la promoción de ese “desarrollo sostenible” que poco modifica la situación (y que el propio Georgescu-Roegen calificaba de “alegre canción de cuna”). Mucho más oportunas –aunque escasamente exitosas fuera del entorno ecologista del que han surgido– son las teorías del decrecimiento, de factura francesa, que se oponen radicalmente al empeño suicida del crecimiento *per se*. En cualquier caso, hay muy amplio acuerdo (exceptuemos a Diamond) de que “no puede hacerse frente a la crisis ecológica sin romper con el orden neoliberal, es decir, el libremercado, el consumismo, el productivismo y las deslocalizaciones”⁶⁸.

Todo esto exige un marco de acción política distinto y vigoroso que, si bien es contemplado por unos y otros de forma diversa, constituiría para la mayor parte de los pensadores interesados en esta alternativa una *ecología política* que, en resumidas cuentas, constituye un marco radical de reconstrucción de las relaciones socio-político-económicas, y excluye el marco conceptual y funcional del capitalismo y de cualquier otra formulación productivista que ignore las exigencias de la naturaleza. René Dumont, el agrónomo francés que dedicó su vida a estudiar las diversas vías de desarrollo existentes y que se mostraba especialmente sensible a la pobreza en el mundo, propugnaba en uno de sus más famosos trabajos “el crecimiento nulo de la población rica y de su consumo industrial global”⁶⁹, proponiéndonos como resultado de su inmensa experiencia “una ecología socialista”, es decir, un sistema global sustantivamente ecológico que, además y adjetivamente fuese socialista, es decir, recompusiera la propiedad productiva, priorizara la redistribución, etcétera⁷⁰.

No obstante, el principal formulador de la ecología política ha sido el filósofo y economista austriaco, pero afincado en Francia, André Gorz, también conocido como Michel Bosquet, entre

⁶⁷ Jouventin, p. 193.

⁶⁸ *Op. cit.*, p. 164.

⁶⁹ Dumont, 1977, p. 111.

⁷⁰ Dumont, 1980.

cuya notable producción teórica se cuenta un bello libro sobre ecología y política⁷¹. Algunas de las preguntas e inquisiciones que plantea Gorz resumen el sentido de una obra que, sobre todo en la segunda parte de su vida intelectual, se centró en la alternativa ecológico-política al caos y al desastre inevitables: “¿Qué es lo que queremos...? Porque la mera supervivencia no es un fin en sí mismo... Mejor es definir desde el principio *por qué* se lucha que, simplemente, *contra quién*”⁷².

El rechazo del crecimiento sin fin, la percepción de que la crisis (la desencadenada en 1973, pero también la de 2007, a cuyo inicio alcanzó a vivir) era cualitativamente distinta a otras anteriores porque remitía a un mundo a la vista de sus límites, “el marxismo que, aunque permanece irremplazable como instrumento de análisis, ha perdido su valor profético”⁷³, la reivindicación del movimiento ecologista, específico y autónomo, la necesidad de la utopía... ideas y actitudes que han reflejado durante años lo mejor del ecologismo político, y que uno de sus discípulos ha recogido en una magnífica biografía, con este resumen/epitafio: “Gorz ha trabajado obstinadamente en imaginar una sociedad no capitalista y no mercantil, portadora de libertad y que haga soñar”⁷⁴.

Pero la perspectiva de que una política distinta cambie el rumbo de nuestras sociedades se restringe observando la escasez de signos de este tipo desde los gobiernos y los sistemas políticos al uso, que insisten en mantener a ultranza el prioritario, y muchas veces exclusivo, objetivo del crecimiento económico. Así que queda necesariamente en manos de la sociedad civil organizada, en definitiva, en los movimientos sociales reivindicativos, forzar los cambios apremiantes con la acción y la inteligencia.

Bibliografía

ALTARES, Guillermo. El optimismo ilustrado. En *El País*, 4 de febrero de 2018.

BECK, Ulrich. *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós, 1998.

BRUNDTLAND, Gro Harlem (coord.). *Nuestro futuro común*. Madrid: Alianza, 1988.

BURY, John. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza, 1971.

CONDORCET, Marqués de. *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Madrid: Centro de Estudios Políticos Constitucionales, 2004.

COSTA MORATA, Pedro. Revisión de la idea de progreso desde la crisis ambiental. En *Sociedad y Utopía*, nº 25. Madrid, mayo de 2005, pp. 227-241.

COSTA MORATA, Pedro. Todos contra el cambio (climático) pero sin el cambio (socioeconómico). En *Tiempo de Paz*. Madrid, verano de 2007, nº 85, p. 32-40.

⁷¹ Gorz, André/Bosquet, Michel, 1978.

⁷² Gorz/Bosquet, p. 9-10.

⁷³ Gorz/Bosquet, p. 17.

⁷⁴ Gianinazzi, 2016, p. 8.

COSTA MORATA, Pedro. Ecopesimismo: una teoría sociológica de la Posmodernidad. En *IX Congreso Nacional de Sociología*. Barcelona, 13 a 17 de septiembre de 2007.

COSTA MORATA, Pedro. Destrucción e injusticia ecológica: el caso de América Latina, en Vicente, Teresa. *Justicia ecológica en la era del antropoceno*. Madrid: Trotta, 2016, p. 189-208.

COSTA MORATA, Pedro. (ed.) *Ciencia, Tecnología y Sociedad en los estudios de Ingeniería*. Barcelona: Anthropos, 2016.

CRUTZEN, Pauk J. y STOERMER Eugene F. The Anthropocene. En *Global Change Newsletter*, nº 41, 2000.

DIAMOND, Jared. *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debolsillo, 2013.

DUMONT, René. *La utopía o la muerte*. Madrid: Villalar, 1977.

DUMONT, René. *Ecología socialista*. Barcelona: Martínez Roca, 1980.

GARCÍA, Ernest. *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid: Alianza, 2004.

GIANINAZZI, Willy. André Gorz. *Une vie*. París: La Découverte, 2016.

GOLDSMITH et al. *Manifiesto para la supervivencia*. Madrid: Alianza, 1972.

GOERGESCU-ROEGEN, Nicholas. *La ley de la entropía y el proceso económico*. Madrid: Visor/Argentaria, 1996.

GORZ, André/BOSQUET, Michel. *Écologie et politique*. París: Seuil, 1978.

HERMAN, Arthur. *La idea de decadencia en la historia occidental*. Barcelona: Andrés Bello, 1998.

JANTISCH, Erich, HELMER, Olaf y KAHN, Herman. *Pronósticos del futuro*. Madrid: Alianza, 1970.

KAHN, Herman. “Nuestra tierra está enferma”. En *Ya*. Madrid, 5 de mayo de 1974.

MANDER, Jerry. *En ausencia de lo sagrado. El fracaso de la tecnología y la supervivencia de las naciones indias*. Palma de Mallorca: Olañeta, 1996.

MARQUÉS, Josep Vicent. *Ecología y lucha de clases*. Madrid: Zero, 1978.

MEADOWS, Donella H. et al. *Los límites del crecimiento*. México: FCE, 1972.

MEADOWS, Donella H., MEADOWS, Dennis L. y RANDERS, Jörgen. *Más allá de los límites del crecimiento*. Madrid: El País/Aguilar, 1992.

MORRIS, Desmond. *El mono desnudo*. Barcelona: Plaza & Janés, 1969.

OPPENHEIMER, Michael y BOYLE, Robert M. *Calor letal. La carrera contra el efecto invernadero*. Madrid: Alianza, 1993.

PRATS, Fernando, HERRERO, Yayo y TORREGO, Alicia. *La gran encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*. Madrid: Libros en Acción, 2016.

SÁENZ-DÍEZ, Juan Ignacio, MARTÍNEZ RODA, Federico y GARCÍA FRAILE, Juan Antonio. *Síntesis de historia del pensamiento político*. Madrid: Actas, 1994

SANTIAGO MUIÑO. *Rutas sin mapa. Horizontes de transición ecosocial*. Madrid: Los libros de la catarata, 2016.

SEMPERE, Joaquim y RIECHMANN, Jorge. *Sociología y medio ambiente*. Madrid: Síntesis, 2004.

TAIBO, Carlos. *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*, Madrid: Los libros de la catarata, 2016.

UTHANT *et al.* *La contaminación del planeta*. Caracas: Monte Ávila, 1976.

VICENTE, Teresa (ed.). *Justicia ecológica en la era del antropoceno*. Madrid: Trotta, 2016.

VOIGT, Jürgen. *La destrucción del equilibrio biológico*. Madrid: Alianza, 1971.

WRIGHT, Ronald. *Breve historia del progreso. ¿Hemos aprendido por fin las lecciones del pasado?* Barcelona: Urano, 2006.